

La Nueva España - Cultura 05/11/20

“La Susan humana espantaba a la gente, la icónica la atraía”

Viene de la página anterior

só a los 17 años con uno de sus profesores y mantuvo relaciones con los hombres que quiso (en el libro se habla, por ejemplo, de un escaqueo con **Robert Kennedy**, el hombre que pudo ser, igual que su hermano, presidente de EE UU), se veía a sí misma como bisexual. Y que dijo: “Ser gay me hace sentir más vulnerable”.

Pero lo más importante de esta biografía, cuya historia se despliega de manera cronológica, es decir, de la cuna a la sepultura, es la consistencia con la que Moser enlaza la construcción de la personalidad intelectual de Susan Sontag, convertida a los veinte años en la profesora más joven de las universidades estadounidenses, con la semblanza de un personaje que fue durante unos cuantos lustros el referente de la poderosa vida cultural neoyorquina. Hasta los graníticos porteros de los clubes más selectos de Manhattan conocían el nombre de aquella mujer del mechón de plata. Para Moser, “la Susan humana espantaba a la gente”, mientras que “la Susan icónica era tremendamente atractiva”. Un perfil en el que insiste: “Era experta en culpabilizar a las personas que la hacían sentirse culpable, y eso fue lo que hizo con su madre”.

Fuera así o no, lo cierto es que la obra de Susan Sontag es un clásico del ensayismo contemporáneo. Más discutibles son sus novelas, aunque llegó a triunfar con *El amante del volcán*. Y sus películas no tienen grandes entusiastas, ella que tanto amaba el cine y tanto se preocupó de explicarnos las excelencias de directores como **Bresson**, **Godard**, **Resnais** o **Bergman**. Antes de que la posmodernidad se nos viniera encima con el supuesto final de los grandes relatos y la creciente estetización del mundo, dio con algunas de las claves de la época en sus enjundiosas “Notas sobre lo camp”: “Lo único importante en lo camp es destronar lo serio”. Y rechazó las rigideces hermenéuticas, la interpretación, en favor de una “erótica del arte”. Cuando describió esta “nueva sensibilidad” tenía veintipocos años y sus teorizaciones eran impresas en *Partisan Review* y en *The New York Review of Books*. Moser afirma que, entonces, la política no estaba aún entre sus prioridades. La guerra del Vietnam y el movimiento pacifista que generó la llevó a la izquierda y a simpatizar incluso con posiciones comunistas. En 1967 fue detenida por boicotear el reclutamiento de soldados. Y en 1977 publicó un libro fundamental, *Sobre la fotografía*, donde subraya los peligros de la creciente entronización de la imagen, de la metáfora, en detrimento de la persona u objeto representados.

Susan Sontag fue una exigente trabajadora que estaba al tanto de todo. Dormía poco, consumía litros de café y fumaba sin parar cartones de Marlboro, además de ingerir dexedri-

na en notables dosis. A los 42 años le detectan, en un seno, el primero de los tres cánceres que padeció. La leucemia acabó con ella. Su estrecha amistad con el gran poeta ruso exiliado **Josep Brodsky**, gran predicador del “Homo legens”, la alejó del comunismo. Escribe en 1978 *La enfermedad y sus metáforas*, otro ensayo basal, al que añadiría una década después *El sida y sus metáforas*. Vira hacia un liberalismo de izquierdas, que rechaza la intolerancia racial, sexual o religiosa y defiende la libertad de expresión. Y se afila en ella una crítica de fondo al planteamiento posmoderno de la “equivalencia” de todas las cosas. Llega a pensar que esa es, precisamente, la “ideología perfecta” para el capitalismo consumista.

Estaba convencida de que la cultura era el baluarte para hacer frente a la barbarie. Por esa razón, entre otras, viajó a principios de los años noventa hasta en once ocasiones a la cercada Sarajevo. Creía que la contienda en la martirizada Bosnia-Herzegovina era la “Guerra Civil española de nuestro tiempo”. Allí, en julio de 1993, dirigió *Esperando a Godot*, la conocida obra teatral de Beckett. De aquella experiencia extrema nació un ensayo de poco más de cien páginas, editado en 2003, que puede leerse co-

Junto a aspectos nada risueños de Sontag, Moser aborda los grandes temas de su obra

mo un lúcido testamento moral. Susan Sontag dice en *Ante el dolor de los demás*: “Los ciudadanos de la modernidad, los consumidores de la violencia como espectáculo, los adeptos a la proximidad sin riesgos han sido instruidos para ser cínicos respecto de la posibilidad de la sinceridad”. Y, tras defender la necesidad de las imágenes de quienes sufren, nos advierte: “A partir de determinada edad nadie tiene derecho a semejante ingenuidad y superficialidad, a este grado de ignorancia o amnesia”.

Junto con sus averiguaciones sobre aspectos nada risueños de la vida privada de Susan Sontag, Moser acierta a presentar los grandes temas que vertebran la escritura de la estadounidense: la relación del lenguaje con la realidad y la crucial importancia —la necesidad— de nuestro acercamiento a la “persona de carne y hueso” que hay detrás de todo “personaje estetizado”. Un pensamiento que está en las antípodas de nuestros warholianos días, cuando quien más y quien menos reclaman sus quince minutos de fama. El biógrafo es ecuanime al enjuiciar, finalmente, una trayectoria tan deslumbrante: “Resumió y a la vez contradujo a su época”.